

Colección *Digital*



El logro de la plenitud personal

Un nuevo método formativo

Alfonso López Quintás

Alfonso López Quintás

Doctor en filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, doctor honoris causa de la Universidad Francisco de Vitoria, miembro de número de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, cofundador del Seminario Xabier Zubiri (Madrid) y fundador del proyecto formativo Escuela de Pensamiento y Creatividad (Madrid).

En sus cincuenta obras publicadas ha tratado, sobre todo, estos temas: la necesidad de pensar con rigor (*Metodología de lo suprasensible, El triángulo hermenéutico, Cinco grandes tareas de la filosofía actual, Inteligencia creativa*), la estética (*Estética de la creatividad, El enigma de la belleza, el poder transfigurador del arte*), la ética (*La ética o es transfiguración o no es nada, El secreto de una vida lograda*), el pensamiento dialógico (*El poder del diálogo y el encuentro, Cuatro personalistas en busca de sentido, Romano Guardini y la dialéctica de lo viviente*), la manipulación (*La revolución oculta, La tolerancia y la manipulación, La palabra manipulada*), la historia de la filosofía (*Filosofía española contemporánea, Cuatro filósofos en busca de Dios, El pensamiento filosófico de Ortega y d'Ors*), el poder formativo de la literatura y el arte (*Cómo formarse en ética a través de la literatura, Literatura y formación humana, Poder formativo de la música*).

Sus escritos y grabaciones están siendo incluidos en una Biblioteca digital de la universidad Francisco de Vitoria.

Colección *Digital*

El logro de la plenitud personal

Un nuevo método formativo

Alfonso López Quintás



Madrid 2024

Colección: Digital

Director: Francisco J. Bueno Pimenta

Comité científico asesor: Javier Barraca Mairal
Mauro Jiménez Martínez
Belén Mainer Blanco
Wilfredo Rincón García
David Torrijos Castillejo

© 2024 Alfonso López Quintás

© 2024 Editorial UFV

Universidad Francisco de Vitoria
Ctra. Pozuelo-Majadahonda, km 1,800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)
Tel.: (+34) 91 351 03 03
editorial@ufv.es

Diseño de cubierta: Cruz más Cruz

Segunda edición: marzo de 2024

ISBN edición impresa: 978-84-10083-38-7

ISBN edición digital: 978-84-10083-39-4

Depósito legal: M-7629-2024

Preimpresión: MCF Textos, S.A.

Impresión: ServicePoint

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.



Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Este libro puede incluir enlaces a sitios web, gestionados por terceros y ajenos a Editorial UFV, que se incluyen solo con finalidad informativa. Las referencias se proporcionan en el estado en que se encuentran en el momento de la consulta de los autores, sin garantías ni responsabilidad alguna, expresas o implícitas, sobre la información que se proporcione en ellas.

Impreso en España – *Printed in Spain*

CONTENIDO

PRÓLOGO	7
1. La sorprendente fecundidad del pensamiento riguroso. Un nuevo método formativo	11
2. Los ocho niveles de realidad y de conducta	21
3. Los procesos de vértigo, o fascinación, y los de éxtasis, o creatividad	29
4. La conquista de la verdadera libertad	45
5. El conocimiento de los valores	59
6. Conocimiento de algunos valores relevantes	73
7. La creatividad en la vida cotidiana	83
8. La elevación de los profesores al rango de «formadores»	113
9. El enigma de la belleza	133
10. La literatura de calidad, fuente de formación humana	155
11. El poder formativo del cine de calidad	175
12. El poder formativo de la música	189

- 13. El papel promotor del cristianismo en la cultura occidental 205
- 14. Un método para humanizar la empresa 229
- 15. La manipulación del hombre a través del lenguaje 265

PRÓLOGO

En esta obra ofrezco una exposición muy accesible del método formativo que he ido elaborando a lo largo de una serie de obras que, aun dedicadas a temas diversos, persiguen un mismo fin: *mostrar de manera sugestiva y convincente las grandes posibilidades que tenemos de crecer como personas y conseguir el ideal de una vida lograda y, por tanto, feliz.*

Creo firmemente en la perennidad de los grandes valores, pero estoy asimismo seguro de que los métodos para transmitirlos a los jóvenes han de remozarse de tal modo que cada día vean estos más claro que los valores son *imponentes pero no se imponen*, más bien *atraen*, nos invitan a que los asumamos activamente y seamos, así, más creativos en nuestra vida cotidiana.

Para conseguir esto, hemos de *enseñar descubriendo*, compartiendo con los demás el proceso de asumir los valores para realizarlos en la propia vida. Al realizar esta fecunda experiencia bidireccional, descubrimos que, para desarrollarnos personalmente, debemos enriquecer las realidades de nuestro entorno vital y transformar nuestra actitud respecto a esas realidades una vez enriquecidas. Es una tarea apasionante que supera la obsoleta tendencia a reducir la ética a un rimerero de normas. A las normas les daremos la importancia que tienen en nuestro ascenso a la verdadera libertad, pues descubriremos pronto que, lejos de achicar nuestro horizonte de creatividad, lo amplían indefinidamente.

Esta ampliación prometedora y gozosa la analizaremos en el primer capítulo, y, a partir de él, descubriremos las inmensas posibilidades creativas

que se nos abren a cada paso en la vida. Con ello, realizaremos uno de los cometidos más urgentes de la cultura actual: *revalorizar la vida cotidiana*. Actualmente, innumerables personas viven frustradas por estimar que su vida es anodina, demasiado sencilla para dar sentido a la propia existencia.

Esta frustración solo podemos superarla si descubrimos que *tener sentido* equivale a *estar bien orientado*, y la vida la orientamos bien si actuamos inspirados por el ideal de la unidad, que va unido de raíz con el ideal de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza. Cuando una persona puede decir, con la firmeza de las decisiones fuertes, que «el bien hay que hacerlo siempre, el mal nunca; lo justo siempre, lo injusto nunca...» y actúa en consecuencia, sube a la cota más alta de la vida ética —la que denomino *nivel 3*— y en ella alcanza su plenitud de valor y de sentido.

Qué significan los niveles de realidad y qué perspectivas nos abren para comprender lo que somos y lo que estamos llamados a ser lo veremos en el capítulo 2. Y lo expuesto en él nos dará luz suficiente para abordar una serie de temas, a cada cual más sugestivo e interesante, para descubrir la vía recta hacia la felicidad.

La historia de tantos jóvenes que buscaron la felicidad febrilmente y se entregaron a la insufrible amargura de una vida sin sentido quedará al trasluz cuando, en el capítulo 3, analicemos los dos grandes procesos que podemos seguir en la vida: el de vértigo y el de éxtasis. En el capítulo 4 descubriremos que la libertad verdadera —es decir, la libertad creativa o libertad interior— solo podemos alcanzarla si seguimos el proceso de éxtasis —o de encuentro—, que al principio nos exige todo, nos lo promete todo y, al final, nos lo concede todo con creces.

Lo antedicho solo conseguiremos entenderlo a fondo cuando, en los capítulos 5 y 6, advirtamos que los valores son fuente de posibilidades para crear modos de encuentro, y solo se nos revelan si estamos dispuestos a oír su llamada, su invitación a realizarlos en nuestra vida.

Si respondemos positivamente, creamos relaciones de encuentro y experimentamos los espléndidos frutos del mismo. Al reflexionar sobre el hecho de que, en una vida penosa como la nuestra, nos basta encontrarnos —en sentido estricto— para sentir alegría, entusiasmo, plenitud y felicidad, descubrimos que no hay en el mundo un valor más alto que el del encuentro (*nivel 2*), o, dicho más en general, la creación de los modos más elevados de unidad (*nivel 3*). Acabamos de descubrir que *el ideal de nuestra vida, la meta a la que debemos tender, es el ideal de la unidad*.

Al optar por este ideal (*nivel 3*), nos disponemos para comprender —en los capítulos 9, 10, 11 y 12— cómo surge nuestra capacidad creadora, cuál

es el papel de la belleza en nuestra vida y de qué modo podemos convertir en fuente de formación ética la literatura y el cine de calidad, el arte plástico y la música.

Una vez elevados a este *nivel 3* —en el que muestra el ideal de la unidad todo su poder transformante—, nos resulta fácil averiguar de qué forma podemos humanizar la empresa —capítulo 13— y descubrir el papel promotor que jugó el cristianismo en la cultura occidental (capítulo 14). El *ideal* no se reduce a una *mera idea*; es una idea motriz, dinamizadora, capaz de transformarlo todo.

La destreza que hemos adquirido en los capítulos anteriores nos permite —en el capítulo final— hallar un antídoto eficaz contra las tácticas manipuladoras de dominio del hombre a través del lenguaje y la imagen. Es urgente poner en juego tal antídoto si queremos conservar la libertad creativa en un mundo ansioso de dominar las conciencias de forma artera.

Cada uno de los capítulos forma un cuerpo compacto, condensa libros enteros —que indico a pie de página para orientación del lector— y sirve, a la par, de eslabón en la trama articulada de mi método formativo. Los aspectos más técnicos de este método puede verlos el lector interesado en los libros citados en los distintos capítulos.

Esta obra intenta *revalorizar la vida cotidiana* y, para ello, se propone abrir nuevas perspectivas, ofrecer posibilidades de pensamiento y acción, mostrar que toda persona —incluso la que sufre por considerar su vida como anodina— puede sorprendernos con su poder creativo y su alta calidad humana. A medida que recorremos este camino ascendente, descubrimos que nuestro crecimiento ético implica una firme decisión de ser creativos, pues cada paso hacia la meta implica una transfiguración de nuestra actitud ante las realidades que vamos tratando. Al adoptar una nueva actitud, subimos de nivel de realidad y abrimos nuevas y fecundas posibilidades de desarrollo.

Alfonso López Quintás
Madrid, 2024

LA SORPRENDENTE FECUNDIDAD DEL PENSAMIENTO RIGUROSO. UN NUEVO MÉTODO FORMATIVO

Existe actualmente gran preocupación en numerosos países por el estado de «emergencia educativa» en que se hallan. De ordinario, esta expresión alude a la falta de los conocimientos debidos por parte de las nuevas generaciones. Más grave, a mi entender, es la situación de emergencia o de colapso *en cuanto al modo de pensar*.

I. SITUACIÓN DE DESCONCIERTO

Si en un examen de filosofía contemporánea, un alumno ignora que Max Scheler y Nicolai Hartmann escribieron sendos tratados de ética, carece de los conocimientos necesarios. Si piensa que la libertad y las normas se oponen *siempre*, no sabe pensar con la necesaria precisión. Este no es un fallo meramente académico; afecta a la vida personal del alumno, la bloquea.

- Un joven centroeuropeo escribió, desconcertado, al renombrado teólogo Karl Rahner: «Mis amigos y yo nos lanzamos febrilmente en busca de la felicidad, y ahora nos vemos convertidos en carne de hospital. ¿Podría usted decirme qué es eso de la felicidad?». Rahner se limitó a decirle que no debía pretender una felicidad demasiado grande. Haría bien en contentarse con la felicidad sencilla

que anhelaron sus padres y sus abuelos.¹ No consiguió desbloquear al pobre chico.

- Un joven de diecisiete años confesó en un programa televisivo lo siguiente: «Hasta hace poco, yo era totalmente feliz: amaba a mi madre —con la que vivo—, adoraba a mi novia, me encantaba mi carrera. Pero un mal día me entregué al juego de azar y me convertí en un adicto, un ludópata. Desde entonces ya no me interesa mi madre, ni mi novia ni mi carrera. Solo me interesa seguir jugando. Y lo que más rabia me da es que todo esto lo hice libremente. Y ahora me veo convertido en un esclavo». Aunque su tono fue de inmensa tristeza, el director del programa no le dijo una palabra de orientación; renunció a ser guía.

Numerosas anécdotas afines nos permiten concluir que hoy reina el desconcierto en muchas mentes y faltan líderes que, con una palabra acertada, las iluminen y articulen. La desmotivación en los profesores crece a diario y les lleva a confesar, con frecuencia, que «no saben qué hacer con los jóvenes». ¿Es posible superar este pesimismo destructor? Largos años de estudio, cursos y conferencias me llevaron a la convicción de que sí lo es, pero no mediante el simple cambio de planes de estudio sino con un *método adecuado*. Por mi parte ofrezco el siguiente, tras comprobar largamente su eficacia.

II. EL MÉTODO DEL DESCUBRIMIENTO

Debemos comenzar por una experiencia básica: *la necesidad de crecer*. Crecer es ley de vida. Para crecer no me basta ejercitar mis potencias: moverme libremente, andar, hablar, manejar objetos... Necesito recibir posibilidades del entorno —al que me hallo vinculado de raíz— a fin de *actuar con eficacia y con sentido*. El sentido lo adquiero *jugando*. Jugar —entendido en sentido filosófico preciso— significa recibir posibilidades para crear con ellas algo nuevo valioso: *jugadas*, en los juegos de mesa y en el deporte —cuya meta es dominar el campo adversario—; *formas*, en el arte, para «engendrar obras en la belleza» (como indicaba

¹ Cf. RAHNER, K. (1984). *Tengo un problema. K. Rahner responde a los jóvenes*. Santander: Sal Terrae, pp. 12-14.

Platón); *escenas*, en el teatro, destinadas a mostrar la «intrahistoria» de unos personajes.²

Paso del nivel 1 al nivel 2. Uno de los juegos que podemos realizar es, por ejemplo, el ajedrez. Para jugar, necesito un tablero. Tomo una tabla cuadrada. Es mía, puedo hacer con ella lo que quiero. A este nivel de mi vida en el que dispongo de objetos y los pongo a mi servicio vamos a llamarle *nivel 1*. Ese dominio no me satisface, pues para crecer como persona necesito actuar de forma creativa. La *creatividad* comienza cuando *asumo activamente* posibilidades para generar algo nuevo dotado de cierto valor.

Para actuar creativamente pinto, en la tabla, unos cuadraditos en blanco y negro, y la convierto en *tablero*. He *transformado* la tabla, y ahora debo *transformar mi conducta* respecto al tablero. En vez de poseerlo y dominarlo, debo obedecerle, por ser el cauce del juego que voy a realizar conforme al reglamento. Justo cuando renuncio a mi libertad primera —la *libertad de maniobra*—, adquiero un tipo superior de libertad, la libertad para crear una forma de juego. Al moverme con esta *libertad creativa* entre realidades *abiertas* —que, como el tablero, me ofrecen posibilidades para crecer—, me hallo en el *nivel 2*. Subir del *nivel 1* al *nivel 2* es decisivo en la vida humana.

La experiencia del poema. Dentro del *nivel 2*, puedo elevarme a un plano todavía superior al del ajedrez. Alguien me regala un folio en el que se ha escrito un poema. Con el papel puedo hacer lo que quiera. Con el poema, no. He de asumir activamente las posibilidades que me ofrece para declamarlo y darle vida. Mi declamación es libre, pero con *libertad creativa*, vinculada a las condiciones del poema. El poema me inspira, guía e impulsa; yo lo configuro a él. Me siento llevado por él, pero soy yo quien le da un cuerpo sonoro. Los dos colaboramos por igual. De aquí se deduce que, si deseamos crecer, debemos renunciar a la *libertad de maniobra* —capacidad de actuar conforme a nuestra voluntad— y adquirir un modo de libertad creativa o libertad interior que nos permite ser creativos precisamente cuando obedecemos a las realidades valiosas que nos otorgan posibilidades.

² Un amplio estudio del juego se halla en mi *Estética de la creatividad. Juego, arte, literatura* (Rialp: Madrid 1998, 3.ª ed.), pp. 33-183.

Las experiencias reversibles. Acabamos de descubrir, por nosotros mismos, un tipo superior de experiencias: las *experiencias reversibles* o bidireccionales. De ellas depende nuestro crecimiento personal, pues en ellas aprendemos a ser creativos, al aceptar el hecho de que debemos ser *receptivos y activos a la vez*. Gracias a esta doble condición, podemos dar vida a obras literarias y musicales y unirnos a ellas con un modo de unión superior a las formas tangenciales de unión propias del *nivel 1*. De nuevo observamos que solo al obedecer a algo valioso crecemos como personas. Vislumbramos ya el secreto de la vida personal, lo que podemos llamar la «lógica de la vida creativa»: obedecemos a lo que nos perfecciona sin ser coaccionados, sino movidos por la necesidad de crecer y perfeccionarnos.

El descubrimiento del encuentro y el ideal de la vida. Al entrar en el campo de estas experiencias reversibles, descubro rápidamente la forma más alta: el *encuentro*, la unión estrecha de dos personas deseosas de crear un estado de enriquecimiento mutuo. La experiencia me dice que también aquí tengo que obedecer si quiero crecer. Efectivamente, el encuentro me pone como condición para darse que sea generoso, veraz, fiel, cordial, comunicativo, participativo... Si cumplo estas condiciones, y tengo la suerte de que otra persona adopte esta misma actitud, tiene lugar el encuentro. Y con él vienen sus frutos: nos da energía interior, luz para conocer, alegría, entusiasmo, plenitud, felicidad.

En este momento tiene lugar la experiencia decisiva de mi vida. Al darme cuenta de que, incluso en momentos penosos, me basta encontrarme de verdad para tener alegría y ser feliz, concluyo que el mayor valor de mi vida —o sea, la fuente más copiosa de posibilidades de crecer— es el encuentro. *Acabo de descubrir el ideal de mi vida, que es el ideal de la unidad*, o del amor auténtico. Estoy en el momento decisivo de mi desarrollo personal, pues del ideal depende todo en mi existencia.

La asombrosa capacidad transformadora del ideal de la unidad. Este ideal no es una mera idea; es una *idea motriz*, dinamizadora. Si elegimos siempre en virtud del ideal de la unidad —no de nuestras apetencias—, este ideal orienta nuestras acciones y nos impulsa hacia la plenitud personal. Tal plenitud queda de manifiesto cuando alguien es capaz de afirmar, con la seriedad de las decisiones fuertes, que «el bien hay que hacerlo siempre; el mal, nunca», «lo justo, siempre; lo injusto, nunca». Al convertir el ideal de la unidad —y, con él, el de la bondad, la verdad, la justicia, la belleza— en un principio interno de acción, nos situamos en el *nivel 3*, que es la cumbre de

la vida ética. Entonces experimentamos varias transformaciones, que cambian nuestro modo de pensar y de actuar, y nos dan un toque de excelencia:

- La «libertad de maniobra» se transforma en «libertad creativa» o «libertad interior».
- La vida anodina se colma de sentido. Tener sentido equivale a estar bien orientado. La persona se orienta bien al actuar en virtud del ideal de la unidad.
- De modo semejante, la vida pasiva se vuelve creativa.
- La vida cerrada se torna abierta, creadora de relaciones.
- El lenguaje pasa de ser mero medio de comunicación a ser vehículo viviente del encuentro.
- La vida temeraria —entregada al vértigo— se torna prudente, inspirada por el ideal de la unidad.
- La entrega al frenesí de la pasión se trueca en amor personal.

III. LA EFICACIA DE ESTE MÉTODO

Esta múltiple transfiguración que experimentamos al descubrir el ideal y optar por él nos dispone para realizar dos tareas decisivas: 1) anular las causas que bloquean el proceso de crecimiento personal; 2) superar los malentendidos provocados por la falta de un pensamiento riguroso. Si se demuestra esta eficacia, queda patente que el método empleado es el adecuado para la situación actual.

1. SUPERACIÓN DE FALLOS

- Superamos la *emergencia cualitativa* en cuanto, al descubrir las experiencias reversibles, el encuentro y el ideal de la unidad, descubrimos la *lógica* propia de los *niveles 1, 2 y 3*, y aprendemos a pensar de forma adecuada a los diversos modos de realidad. Al pensar de forma precisa, podemos superar mil prejuicios y malentendidos, y neutralizar el poder destructivo de la manipulación y las diversas adicciones patológicas.³

³ Lo explico en mis obras *La tolerancia y la manipulación* (Madrid: Rialp, 2008, 2.ª ed.) y *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones* (Madrid: Rialp, 2006).

- Nos preparamos, con ello, para «dar la batalla de las ideas» en el sentido más positivo y eficaz de la expresión. Para mi proyecto formativo, el contrincante que hay que batir es la confusión de ideas, la tergiversación del lenguaje, la manipulación de los razonamientos. Por eso debemos conceder primacía al arte de pensar y expresarse con la máxima precisión. Es la única forma segura de superar la situación de emergencia provocada por la voluntad de dominar las mentes a todo precio.
- Evitamos el «reduccionismo», pues, al ir subiendo de nivel, sentimos que se enriquece nuestra vida —sus conceptos, su capacidad creativa, su sentido...—; no buscamos el goce sino el gozo; no nos contentamos con la vecindad, sino que buscamos el encuentro; no pretendemos solo nuestro bien, sino que procuramos la felicidad de los demás. Descubrimos, por propia experiencia, que el encuentro es el valor supremo, por ser un estado de enriquecimiento *mutuo*, y empezamos a entrever la grandeza asombrosa de la *unidad* en la vida humana. Al adentrarnos en la ciencia actual, nos vemos impactados por la importancia de esa unidad —vinculada de raíz a la enigmática categoría de *relación*— en todo el universo. Ya vemos que, al subir de nivel, ascendemos a lo mejor de nosotros mismos, lo más exigente y gratificante. ¿Cómo vamos a querer reducir todo aquello que nos lleva al pleno logro? Nos vacunamos *de raíz* contra el reduccionismo y nos abrimos, ansiosos y confiados, a las inmensas posibilidades que nos ofrece la vida.
- Neutralizamos la tendencia al *subjetivismo relativista*, ya que, al desarrollarnos mediante el ascenso de nivel, descubrimos que lo equilibrado es pensar de modo *relacional*. Al hacerlo, vinculamos en una experiencia reversible el sujeto y el objeto; el *sujeto*, visto como realidad abierta a cuanto le rodea, y el *objeto*, realidad que el sujeto puede convertir en realidad *abierta* cuando lo asume en un proyecto propio y lo descubre como fuente de posibilidades. En la vida estética, por ejemplo, asumo las posibilidades que me otorga una realidad artística —que es más que un mero objeto— y le doy mi capacidad de configurarla, dándole vida al otorgarle un cuerpo sonoro. Por ello, lo importante no es el sujeto solo ni el objeto solo, sino ambos unidos y enriquecidos mutuamente. *Lo importante no eres tú, lo importante no soy yo; lo decisivo es lo que sucede «entre» tú y yo*: he aquí el inspirado lema de la mejor filosofía dialógica.⁴

⁴ Véase BUBER, M. (1954). *Qué es el hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, 3.ª ed., pp. 150-155.

- A medida que perfeccionamos nuestra vida, la llenamos de sentido y superamos la tentación del *nihilismo*. Al elegir en virtud del ideal de la unidad y confirmar en todo momento su fecundidad, sentimos que en él radica nuestra *verdad* como personas, y no tenemos otro empeño que *vivir en ella, de ella y para ella*. Al crear más y más interrelaciones valiosas, notamos que nuestra vida adquiere una densidad inquebrantable, capaz de hacer frente a las vacilaciones intelectuales y espirituales de un pensamiento débil. Nuestra *seguridad interior* crece a medida que ganamos en capacidad de crear relaciones valiosas, que dan lugar a realidades de alto rango ontológico.
- *Vinculamos en su raíz la razón y la fe*, por cuanto el pensamiento relacional descubre que nuestra capacidad de conocer se acrecienta a medida que transfiguramos nuestras actitudes. De este modo, penetramos más y más en las realidades que Gabriel Marcel denomina «misteriosas», realidades que solo podemos conocer cuando ellas *se nos revelan* y nosotros *acogemos activamente* esa revelación. Esta forma de valioso conocimiento reversible recibe, en la filosofía actual, la denominación de «conocimiento en fe». Es un conocimiento por vía de encuentro, cada día más valorado en antropología y en estética. La fe humana, profundamente comprendida y vivida, nos prepara para vivir la fe sobrenatural y dar razón —en buena medida— de ella y valorarla inmensamente. Estamos en la alta cota del *nivel 4*.
- El lector avisado habrá advertido que son justamente los cuatro fallos antedichos los que dan origen —según Benedicto XVI— a la quiebra cultural de nuestra época.

2. DESBLOQUEO DE LAS MENTES Y DE LA CAPACIDAD CREATIVA

Superados estos fallos radicales, logramos desbloquear las mentes y abrirlas a la creatividad en todos los órdenes. Lo confirma la experiencia:

- Si alguien me dice que la libertad y las normas se oponen, le respondo a la luz de lo antedicho: «En el *nivel 1*, sí; en el *nivel 2* sucede todo lo contrario: se complementan y enriquecen». Con ello nos abrimos al mundo de la creatividad, propio del *nivel 2*, y al de los valores, que llegan a su plenitud en el *nivel 3*.
- Para defender una ley abortista, un ministro de justicia escribió: «La mujer tiene un cuerpo y hay que darle libertad para disponer de cuanto en él acontezca». Para neutralizar esta afirmación basta

decir que confunde los niveles 1 y 2. Lo que afirma es cierto en el nivel 1, pero falso en el nivel 2. Según la antropología filosófica actual más cualificada, la mujer y el varón no *tenemos* cuerpo; *somos corpóreos*; el verbo *tener* solo puede usarse en el nivel 1; el ser humano —cuerpo, psique y espíritu— integra los niveles 1 y 2. Por eso no cabe hablar de *la libertad*, en general, porque es obvio que existen varias formas de libertad. El ministro se refería a la *libertad de maniobra*, que es la más elemental, por ser propia del nivel 1. Y dejaba de lado, injustamente, la libertad creativa, que surge en el nivel 2.

- En un telediario se comunicó lo siguiente: «Janis Joplin murió de una sobredosis; fue una joven absolutamente libre». El joven que haya seguido el *método del descubrimiento* no se deja seducir por el tipo de manipulación que late en esta forma de dar la noticia. Sabe que la adicción a la droga —como al juego, el alcohol, la velocidad...— constituye un *vértigo* que nos seduce y fascina, por tanto nos arrastra y nos despoja de la libertad creativa. Considerar que es *absolutamente libre* quien se entrega a un proceso que promete todo al principio, no exige nada y lo quita todo al final es un contrasentido.
- En su *Diario íntimo*, Unamuno confiesa su condición *egoísta* y añade: «Solo me queda en la vida la tristeza; lo preveo, nunca más estaré alegre». ⁵ El joven bien formado sabe que el egoísmo provoca la entrega al proceso de vértigo, cuya tercera fase es la tristeza. ⁶ Ello le permite descubrir la relación entre egoísmo y tristeza, y explicar mil fenómenos de la vida diaria.

Por falta de espacio para exponer múltiples casos que muestran la eficacia del método propuesto, me limitaré a indicar una regla de oro que de él se deriva: antes de enseñar a niños y jóvenes lo que es la ética, la estética y la religión hemos de procurar que se eleven, al menos, al nivel 2, que es donde aprendemos a realizar las transformaciones que dan todo su valor a las experiencias ética, estética y religiosa. Si están instalados en el nivel 1, no pueden entender cuanto se les diga de tales áreas de conocimiento, pues desde un nivel de realidad inferior no se conoce lo que sucede en los niveles superiores.

⁵ Cf. o. c., Madrid: Alianza Editorial, 1970, p. 123.

⁶ Una exposición muy amplia de los procesos de vértigo y éxtasis se halla en mis obras *Inteligencia creativa* (Madrid: BAC, 2003, 4.ª ed.) y *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones* (Madrid: Rialp, 2006).

Este método permite descubrir las tácticas arteras de la manipulación y conservar la libertad interior en una sociedad manipuladora. Una exposición amplia y pedagógica de este sugerente tema y, en general, del *método de descubrimiento* se halla en los tres cursos *online* que son impartidos por los colaboradores de la Escuela de Pensamiento y Creatividad y otorgan el título de «Experto universitario en creatividad y valores». Se puede consultar la información en la web www.fundacionlopezquintas.org.

A pesar de su extrema brevedad, esta exposición permite colegir que el método ofrecido es sencillamente analítico —no «dogmático», en sentido de autoritario— y, a la par, contundente, en sentido de claro, preciso y decidido. Su fuerza no procede de la voluntad de imponerse sino de la fidelidad a la realidad y la coherencia, cualidades que generan una gran fecundidad.⁷

⁷ Una aplicación de este método formativo se halla en mis obras *El secreto de una vida lograda. Curso de pedagogía del amor y la familia* (Madrid: Palabra, 2008, 2.^a ed.); *Descubrir la grandeza de la vida. Una vía de ascenso a la madurez personal* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2011, 2.^a ed.); *El descubrimiento del amor auténtico. Claves para orientar la afectividad* (Madrid: BAC, 2012).

LOS OCHO NIVELES DE REALIDAD Y DE CONDUCTA⁸

A un niño le gustó el postre que había preparado su madre y le preguntó, muy interesado: «¿Con qué hiciste el bizcocho, mamá?». Ella respondió: «Con mucho cariño, hijo». Él agregó: «Sí, ¡pero le habrás puesto también algo de harina, huevos, azúcar...!». ¿En qué nivel de realidad respondió la madre, y en cuál rearguyó el hijo?

Don Juan, protagonista de la obra de Tirso de Molina *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*—precedente de la ópera de Wolfgang Amadeus Mozart *Don Giovanni*—, sostuvo una conversación con don Gonzalo, el comendador. Al despedirse, ya de noche, don Juan le dijo: «Aguarda, iréte alumbrando». Don Gonzalo le contesta: «No alumbres, que en gracia estoy» (vs. 2456-2458). ¿En qué nivel de realidad se movió don Juan y en cuál le respondió don Gonzalo? Para contestar con precisión, vamos a analizar los ocho niveles de realidad y de conducta en que podemos movernos.

I. LOS CUATRO NIVELES POSITIVOS

Nivel 1. Un papel es un mero objeto: una realidad delimitable que puedo comprar, poseer y manejar para mis fines. Soy muy libre de hacer con ella lo que quiera. Dispongo de *libertad de maniobra* para ello. Vamos a

⁸ Este sugestivo tema es ampliado en las obras citadas en la nota anterior.

convenir que este tipo de realidades y esta forma de tratarlas constituye el *nivel 1 de realidad y de conducta*.

Nivel 2. Si en un papel escribo una obra musical, la convierto en *partitura de música*. He transformado una realidad, e inmediatamente debo transformar mi actitud frente a ella. En cuanto papel, puedo hacer con ella lo que quiera; en cuanto partitura, si quiero interpretarla, debo *respetarla* —tratarla como realidad abierta, expresiva—, *estimarla* —por revelarme una obra musical— y *colaborar con ella*, siguiendo sus pautas, es decir, obediéndole. Renuncio, con ello, a mi *libertad de maniobra*, pero gano una libertad superior: la *libertad creativa*, libertad para crear una obra, darle cuerpo sonoro, hacerla existir en verdad. Interpretar una obra musical es una actividad creativa *reversible*, es decir, de doble dirección, pues la obra influye sobre mí y yo sobre ella. Al adoptar esta actitud, asciendo al *nivel 2*, el nivel de la creatividad.

La experiencia reversible más enriquecedora de este nivel es la del encuentro entre personas, y entre personas y toda suerte de *realidades abiertas* o *ámbitos*. Si quiero dominar y manejar a otra persona para lograr mis fines, la trato *como si fuera un objeto*, la bajo injustamente al *nivel 1* y la rebajo. No podré encontrarme con ella. Si renuncio a dominarla y la trato con generosidad, veracidad, fidelidad, cordialidad..., creo con ella ese estado de enriquecimiento que llamamos *encuentro*. Es el estadio más alto del *nivel 2*.

Para ser perseverante en el cumplimiento de esas condiciones del encuentro, debo optar por los grandes valores: la unidad, la bondad, la justicia, la verdad, la belleza. Si, con la firmeza de las convicciones fuertes, afirmo que «el bien hay que hacerlo siempre, el mal nunca», «lo justo, siempre; lo injusto, nunca...», estaré incondicionalmente dispuesto a ser contigo generoso, fiel, cordial... Me sitúo, con ello, en el *nivel 3*.

Nivel 3. Para adoptar de manera estable la actitud de generosidad y colaboración que nos exigen las realidades que no son objetos sino ámbitos (*nivel 2*), necesitamos estar vinculados de raíz no solo a las personas e instituciones sino a ciertas sutiles realidades que parecen meras ideas, pero son decisivas para vivir plenamente como personas. Me refiero a *la bondad, la verdad, la justicia, la belleza, la unidad*. El animal, por tener «instintos seguros» —que ajustan su actividad a las condiciones de supervivencia—, no necesita inspirar su modo de actuación en esos grandes valores. Actúa bien —es decir, garantiza su existencia y la de la especie— con solo dejarse llevar de sus pulsiones instintivas. En cambio, el ser humano necesita

orientar dichas pulsiones hacia la realización del ideal auténtico de su vida. Tal ideal consiste en crear formas elevadas de unidad con espíritu de amor incondicional a la bondad, la verdad, la justicia, la belleza.

Este vínculo profundo a tan altos valores solo es posible cuando renunciamos a la voluntad de dominio, posesión, manejo arbitrario e interesado y nos hacemos sensibles a lo más noble y valioso. Esa fina sensibilidad para lo elevado nos hace sentir la insospechada fecundidad de unos valores que no se nos *imponen coactivamente*, pero muestran un poder *imponente* para colmar nuestra vida de sentido, creatividad y libertad interior. Por eso presentan para nosotros un valor excelso y nos *atraen* poderosamente, sin *arrastrarnos*. Cuando sabemos responder positivamente a la llamada de estos valores, experimentamos su fuerza transfiguradora. Esa energía interior la adquirimos en el *nivel 3*.

Nos convencemos de que tales valores son reales y principios de vida en plenitud cuando *participamos* de ellos al vivir experiencias valiosas. Antoine de Saint-Exupéry nos cuenta en su obra *Tierra de los hombres* que dos pilotos jóvenes se hallan extenuados en el desierto. Su vida pende del hecho azaroso de que un beduino, el hombre más humilde del desierto, los descubra al pasar, se apiade de ellos y les ayude. Cuando la situación es ya desesperada, uno lo hace, renunciando a buena parte de la reserva de agua que le quedaba para su larga travesía. ¿Cómo se explica este gesto heroico de generosidad? Sin duda porque, en lo hondo de su ser, se hallaba vinculado a la bondad de tal forma que consideraba el ser generoso como la meta de su vida.

Al vivir enraizados en la bondad, la justicia, la belleza, la verdad y la unidad, nuestra persona se transfigura, adquiere su máxima dignidad y logra un poder insospechado de transfigurar a los demás. No es extraño que los pilotos se reconcilien, en la persona del beduino, con todos sus enemigos y deseen retornar a la unidad con los suyos:

En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia —le dice uno de los pilotos—, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres [...]. Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo.⁹

⁹ Cf. SAINT-EXUPÉRY, A. de (2000). *Tierra de los hombres*. Barcelona: Círculo de Lectores, pp. 165-166; (1939). *Terre des hommes*. París: Gallimard, p. 212.

Los jóvenes pilotos, tal vez hasta entonces sensibles a la amistad pero no enraizados incondicionalmente en el bien, la verdad, la belleza, la unidad y la justicia, hicieron, en su encuentro con el beduino, la experiencia de estos fecundísimos valores e intuyeron de súbito la grandeza que adquiere la vida humana cuando se eleva a ese nivel. De ahí su inmediata conversión a la amistad *incondicional*, la que se sitúa por encima de los sentimientos inspirados por el egoísmo.

Nivel 4. Para lograr que nuestra vinculación radical al bien, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad sea *incondicional*, de modo que se mantenga por encima de cualquier vicisitud, debemos sentirnos religados por nuestra misma realidad personal a un Ser que no cambia y constituye la encarnación perfecta de tales valores. Dios, por amor, crea a las personas a su imagen y semejanza. Este acto creador las dota de una dignidad suma e inquebrantable, que las hace acreedoras a un respeto *absoluto*, es decir, *absuelto* o *desligado* de cualquier condición. Puede hallarse alguien, por su culpa, en un estado de desvalimiento total, e incluso de envilecimiento e indignidad. No es digno de alabanza por ello, pero, como persona, merece ser tratado con respeto y bondad compasiva, porque su origen es el Señor absolutamente bueno. Al sentirnos religados, en el núcleo de nuestra persona, a quien es la bondad, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad por excelencia, situamos nuestra vida en el *nivel 4*, que es un nivel religioso.

II. LOS CUATRO NIVELES NEGATIVOS

Hemos visto anteriormente el proceso ascensional que seguimos cuando orientamos nuestra vida hacia la realización del ideal de la unidad. Esta orientación está impulsada por una actitud *generosa*. Si adoptamos, por principio, una actitud de *egoísmo* y tomamos como nuestro ideal de vida no el servir a los demás, sino servirnos de ellos para nuestros fines, podemos tener una primera impresión eufórica de plenitud, pero pronto nos sentimos decepcionados, porque con ello no seguimos una vía de plenitud sino de envilecimiento progresivo. Veámoslo en pormenor, pues nos conviene analizar este proceso de forma bien articulada, porque nos ayudará a *prever* y a *prevenir*.

Nivel -1. Si, debido a nuestra actitud egoísta, se debilita nuestra relación con el ideal de la unidad, carecemos de energía interna para ascender a los

niveles 2, 3 y 4, y nos movemos exclusivamente en el *nivel 1*. En consecuencia, damos primacía a nuestro bienestar, consideramos a los demás como un medio para nuestros fines, intentamos poseer y dominar cuanto nos rodea para incrementar nuestras gratificaciones de todo orden. Al no estar compensada esta tendencia al propio bienestar (*nivel 1*) con la voluntad de hacer felices a los demás (*nivel 2*), corremos riesgo de tornarnos egocéntricos e insensibles, poco o nada preocupados por ser bondadosos, justos y veraces con ellos, así como por unirnos a ellos y procurarles una vida bella (*nivel 3*). Al unirse esta insensibilidad con la propensión a supeditar el bien de los demás a nuestros intereses, no tenemos mayor dificultad en hacérselo ver y sentir abiertamente, con lo cual herimos su sensibilidad y quebrantamos su autoestima. Iniciamos, con ello, el proceso de vértigo y bajamos al *nivel -1*.

Dos jóvenes se unieron en matrimonio, y tanto su posición social como su porte hacían presagiar un buen futuro. Tal presagio pareció cumplirse durante varios años. Pero un día, tras una larga y azarosa estancia en el hospital, a la joven esposa se le diagnosticó una enfermedad crónica, que no era mortal, pero amenguaba la vitalidad notablemente. Cuando regresó a casa, las primeras palabras que oyó a su marido fueron estas: «Lo siento, pero ahora ya no me sirves como mujer. Tengo que irme». Y la dejó sola con su hija. Esta frase dio un vuelco a su vida, porque le reveló de un golpe que su marido la había reducido a un medio para saciar sus apetencias (*nivel 1*), y, al perder calidad ese medio, resultaba para él «inservible», término que implica una descalificación total en el *nivel 1*. Tal vez le había dicho mil veces que la «amaba» con toda el alma. A juzgar por su actitud actual, nunca la amó de verdad (*nivel 2*). La *apeteció* (*nivel 1*) cuando ella tenía sus potencias en estado de florecimiento. Ahora la ve inútil, como un utensilio estropeado (*nivel 1*), y se apresura a canjearla por otro nuevo. Las operaciones de canje son típicas del trato con meros utensilios. Realizarlas con personas supone un rebajamiento de estas al *nivel 1*. Es, por eso, un acto de violencia. Decirlo abiertamente a la persona interesada supone un *ultraje* e implica un descenso al *nivel -1*.

Nivel -2. Si alguien considera a otra persona solo como un medio para sus fines —por tanto, como una posesión—, y no ve satisfechas sus pretensiones, puede llegar a desahogar su frustración con insultos e incluso con malos tratos, psíquicos y físicos. Se trata de una ofensa de mayor gravedad que la anterior y supone la caída en el *nivel -2*.

Actualmente, la sociedad se halla confusa e indignada ante el fenómeno de los malos tratos entre cónyuges. Se reclaman, para evitarlo, toda clase

de medidas policiales y judiciales, pero apenas se investigan las fuentes de tamaña calamidad social. El análisis de los niveles de realidad y de conducta nos permite radiografiar este fenómeno degenerativo y poner al descubierto algunas de las causas que lo provocan.

Nivel -3. Una vez entregados al poder seductor del vértigo del dominio, podemos vernos tentados a realizar el acto supremo de posesión que es matar al cónyuge —cuando desea evadirse de nuestra área de dominio— y decidir de un golpe todo su futuro. Al hacerlo, nos precipitamos hacia el nivel -3. No pocas personas manifiestan su estupor ante el hecho de que alguien mate a quien comparte con él la vida. Visto aisladamente, es un hecho que parece inverosímil. Si lo situamos en su verdadero contexto (que es el nivel -3) y lo vemos como continuación del nivel -2, con cuanto implica, advertimos que estamos ante una caída por el tobogán del vértigo. Todo ello es injustificable, pero resulta perfectamente comprensible cuando conocemos las fases de la vía de envilecimiento que es el proceso de vértigo.

Nivel -4. En esta caída hacia el envilecimiento personal cabe la posibilidad de llevar el afán dominador al extremo de ultrajar la memoria de los seres a quienes se ha quitado la vida. No pocos terroristas mancillaron las lápidas que guardan los restos de sus víctimas. Esta vileza los hundió en el abismo del nivel -4. La burla y la mofa son formas prepotentes de dominio, propias de quien disfruta altaneramente al presenciar el espectáculo del ídolo caído. En el fondo, las actitudes propias de los niveles negativos son formas cada vez más agresivas de dominio. Son inspiradas por el ideal egoísta de dominar, poseer y disfrutar, así como las actitudes características de los niveles positivos responden al ideal generoso de la unidad y el servicio.

El conocimiento de los ocho niveles nos permite dar razón de múltiples sucesos de nuestra vida y, derivadamente, de las obras culturales que la reflejan. La película de Bruce Beresford *Camino al paraíso* nos muestra a un grupo de mujeres sensibles que, en el horror de un campo de concentración, forman clandestinamente un coro. Un día, a punto de iniciar un concierto no autorizado, los guardianes son alertados y acuden precipitadamente a la carpa en que se hallan las cantoras y sus compañeras de infortunio. Se teme una represión brutal. Pero, justo en el momento de irrumpir en la improvisada sala, suena el primer acorde del *adagio* de la *Novena Sinfonía* («Del nuevo mundo») de Antolin Dvorak. El encanto de la armonía retiene a los guardianes y los adentra en un mundo de belleza, opuesto

a la sordidez extrema de la vida carcelaria. Sobrecoge observar que la aparición de lo bello en estado puro pueda transformar la actitud de personas de corazón al parecer endurecido. Se explica por la conmoción que produce verse elevado súbitamente de los *niveles* -2 y -3, en que se movían, al *nivel* 3, el de la pura bondad y pura belleza. Este transporte supone un descubrimiento salvador.

Acontecimientos afines —ascendentes como este o descendentes— podemos contemplarlos en numerosas obras literarias y cinematográficas.¹⁰

¹⁰ Véanse mis obras *Cómo formarse en ética a través de la literatura* (Madrid: Rialp, 2008, 3.ª ed.); *Literatura y formación ética. Un modo creativo de educar* (Buenos Aires: Puerto de Palos, 2005) y *Poder formativo de la música. Estética musical* (Valencia: Rivera Editores, 2010, 2.ª ed.).

